

INFLUJO DE LA CIVILIZACION EN LA MORALIDAD *

(Extracto de la obra *Système Pénitentiaire* en Europa,
por M. Carlos Lucas)

No hay causa única del bien ni del mal en este mundo: la humanidad no es una de aquellas máquinas que se mueven en este o aquel sentido, según la acción de un solo muelle. La libertad humana es tan varia en su modo de obrar, como son incapaces de fiarse y de reducirse a cálculo los motivos infinitos que la determinan.

Mas aunque sería por eso una insensatez el imputar nuestras virtudes y nuestros crímenes a un solo principio, nada es más cuerdo ni razonable que el inquirir las causas predominantes de la superioridad moral de ciertos países, y averiguar cuidadosamente aquellas buenas o malas influencias que impelen a la humanidad en direcciones contrarias, para atajar el progreso de las unas y fortalecer la acción benéfica de las otras.

Hemos llegado a una época en que la especie humana desenvuelve una actividad inmensa: cada día nos halla más desarrollados, o si se quiere, más civilizados, esto es, con más medios de satisfacer nuestras necesidades físicas y morales. ¿No será, pues, tiempo ya de que el legislador, atento a los intereses de la moral pública, indague cuál es el influjo que ejerce sobre las costumbres de las naciones este grande y rápido desenvolvimiento? La civilización, esta palabra que indica a un mismo tiem-

(*) Fue publicado primero en *El Araucano* de Santiago de Chile, Nos. 16 y 21 de 4 de enero y 5 de febrero de 1831; reproducido en *O. C.* Santiago XV, pp. 47-61. (COMISION EDITORA. CARACAS).

po el progreso de las riquezas intelectuales y materiales de un pueblo, ¿indicará también sus adelantamientos morales? Y esta expresión, *el pueblo más civilizado*, ¿querrá decir, *el pueblo más virtuoso*, así como significa *el más rico y el más ilustrado*?

No es esta una cuestión meramente especulativa, sino de la mayor importancia práctica. La misión más alta del legislador es aumentar la suma de garantías que deben darse a la seguridad de las personas y propiedades; y si el medio mejor de lograr este objeto es trabajar en la civilización de los pueblos, esto es, hacer que penetren a todas las clases, y, digámoslo así, por todos los poros del cuerpo social, la instrucción y la riqueza, ninguna cuestión puede ser más interesante para la conservación de la sociedad y la dicha del hombre.

Se me objetarán quizá dos cosas: la inutilidad y la imposibilidad de una demostración. La inutilidad: porque ¿quién ignora que la riqueza y la instrucción son los mejores garantes de moralidad en los individuos, y por consiguiente en las naciones, que no son otra cosa que agregados de individuos. Las funciones de electores y de jurados, el ejercicio de los derechos civiles, políticos, ¿a quién se confían? ¿a los ignorantes? ¿a los proletarios? No. Propiedad y luces son en todas partes los dos títulos que los hombres presentan a la confianza de la sociedad, y las dos condiciones fundamentales de toda participación en los negocios públicos. La civilización trae, pues, a las clases superiores de la sociedad garantías morales que no existen en las últimas clases, adonde no ha penetrado aún lo bastante. Tan bien apreciada se halla la influencia moral de la civilización, que sobre este hecho reposa el orden político de las naciones modernas.

Al insistir, pues, sobre la necesidad de que se progague la instrucción elemental en las últimas clases de la socie-

y riqueza
(clave:)
instrucción
como requisito
de acceso a la
ciudadanía

clave:
depositado en
las clases superiores

clase

dad, como el medio mejor de civilizarlas, y por consiguiente de moralizarlas, nos exponemos a que se nos diga lo que se dijo en los Estados Unidos, en aquel país que tuvo la gloria de dar en los tiempos modernos el primer ejemplo de auxilios pecuniarios dispensados a la educación a costa del erario público: *que el inculcar la importancia de la enseñanza primaria es repetir máximas vulgares y verdades incontestables.*

Yo estoy muy lejos de pensar así. La causa de la influencia moral de la civilización en general y de la instrucción primaria en particular, no está libre de adversarios y detractores aun en la misma Europa, y de adversarios y detractores que no carecen de poder ni de crédito. Ya es tiempo que salga de la esfera de las opiniones controvertibles este gran fenómeno de la influencia de la civilización. Ya es tiempo de colocarla por medio de una demostración precisa y rigurosa en el número de los hechos bien observados, para quitar en adelante toda excusa a la incredulidad, todo efugio a la mala fe, y para que ningún gobierno enemigo de la propagación de las luces y de los progresos de la civilización, pueda evitar la nota deshonrosa de corruptor de la moral pública.

Creo haber reunido todos los datos necesarios para llegar a este resultado: en Francia, las dos *memorias sobre la administración de la justicia criminal* en 1825 y 1826; fuera de Francia, las listas de los convictos de Inglaterra, de 1820 a 1827; las *de los convictos de Pensilvania*, de 1787 a 1825; los *cuadros de las operaciones de los tribunales del cantón de Ginebra*, de 1815 a 1827; los *del cantón de Vaud*, de 1803 a 1826; y en fin las *listas de las acusaciones criminales en España* durante el año 1826.